



CAMINO DE LAS PESQUERÍAS REALES Y PATRIMONIO DEL ALTO ERESMA

Solaz de la corte

MARIANO SERRANO PASCUAL

En 1767, Carlos III ordenó el acondicionamiento de ocho kilómetros de la orilla izquierda del río Eresma, desde su nacimiento hasta San Ildefonso, con el propósito de convertir ese tramo en el lugar ideal donde practicar una de sus aficiones favoritas, la pesca. No es el Salón del Prado ni la puerta de Alcalá, pero esta obra menor del rey ilustrado, por el entorno en que se encuentra y jalonada por varios puentes históricos y otro patrimonio, constituye uno de los rincones más interesantes del Guadarrama.

Eresma rezan los carteles que hace unos años se colocaron sobre el puente de la Cantina, en la carretera CL-601, justo al final del sinuoso descenso del puerto de Navacerrada por el lado segoviano. Y Eresma es, en efecto, el nombre oficial del río que pasa por debajo del puente, según la cartografía del IGN. A pesar de todo, hasta no hace tanto —y aún en la actualidad para la gente del lugar— este que nos ocupa fue río de nombre Valsaín, como el valle que riega y como sus montes y bosques, nacido, muy cerca precisamente del citado puente, de varios arroyos —Telégrafo, Mingüete, Puerto del Paular y otros— que se precipitan desde las cumbres de Peñalara, Peña Citores o Siete Picos. Valsaín lo llama, haciéndose eco de una casi milenaria toponimia, aquella clásica obra titulada *Guía y descripción del Real Sitio de San Ildefonso* que escribieran en 1884 los ingenieros de montes don Rafael Breñosa y el que posiblemente fue uno de los mejores conocedores de estos bosques: don Joaquín María de Castellarnau. Por entonces el Eresma no nacía hasta pasada La Granja, gracias a la confluencia del Valsaín y el Cambrones, diez kilómetros más abajo de donde en la actualidad lucen los carteles.

Un paraje con historia

Fuera como fuese, Valsaín o Eresma, el paraje que recorre el camino de las Pesquerías Reales está cargado de historia. Dice Leonardo Fernández Troyano en *Los pasos históricos de la sierra de Guadarrama* —otro impagable clásico sobre estas montañas, recientemente reeditado— que no resulta fácil de entender que esta esmerada obra de casi ocho kilómetros de longitud fuera realizada con el único objeto de satisfacer la afición

piscatoria del monarca. Es posible que influyeran otros factores, como el de explotación de un recurso económico (fue Carlos III quien adquirió estos montes para el patrimonio de la Corona) o, simplemente, el de convertir este sitio en ameno recreo de una nutrida corte que, desde comienzos del siglo XVIII, se trasladaba durante parte del año al palacio de La Granja. No obstante, no puede olvidarse que todo cuanto está relacionado con estos bosques, incluso el que hayan llegado incólumes hasta nuestros días, tiene mucho que ver con la querencia que, desde hace casi un milenio y hasta hace bien poco, demostraron por las riquezas naturales de estos lugares los monarcas de cuatro dinastías (cinco, si contamos a José Bonaparte), especialmente por las presas, de pelo, pluma o escamas, que atesoraban. Es significativo que una de las primeras menciones de este lugar que han llegado hasta nosotros sea la del *Libro de la Montería de Alfonso XI*, de mediados del siglo XIV, donde se lee: “Val sauin es muy Real monte de Offo, e también de Puerco en verano, e alas vezes en inuierno”.

Ya por entonces el alcázar de Segovia se había convertido en una de las residencias favoritas de los reyes castellanos. La zona de Valsaín, conocida como el “bosque de Segovia”, pertenecía al Común de la Villa y Tierra de ese concejo desde las repoblaciones realizadas por Alfonso VI al sur del Duero, pero los monarcas siempre se habían reservado el privilegio de cazar y pescar en sus montes. No es extraño, pues, que a finales de ese mismo siglo XIV Enrique III de Trastámara decidiera levantar junto al río un pequeño albergue en el que, entre tiro y tiro de ballesta, poder descansar y reponerse de los males espirituales y corporales que le valieron el sobrenombre de El Doliente. Hay constancia de que tanto su hijo Juan II como su nieto Enrique IV siguieron frecuentando como cazadero la entonces denominada Casa del Bosque. Parece que este último tuvo, durante una

partida en estos montes, un terrible encuentro con un animal salvaje del que salió bien parado gracias a la intercesión de San Ildefonso, razón por la que, en el lugar donde ocurrieron los hechos, a menos de media legua de la Casa del Bosque, mandó construir una ermita dedicada a ese santo. Poco después, en 1477, su hermana y sucesora Isabel la Católica donó la ermita y las tierras colindantes a los monjes jerónimos del monasterio del Parral para que instalaran allí una granja. Sin saberlo, los hermanos Trastámara habían puesto las bases para el abandono y la ruina de la casa de Valsaín, pues muchos años y dos dinastías más tarde, el primer Borbón, Felipe V, convirtió aquella granja rodeada de frondoso bosque en un suntuoso palacio en medio de un inmenso y atildado jardín de estilo entre francés e italiano.

Pero eso ocurriría mucho después. Entretanto, Felipe II se fijó en la antigua Casa del Bosque, o más bien en su emplazamiento, y en 1552 encargó levantar en su lugar un palacio, de cuyas obras se encargaron Luis y Gaspar de Vega y, a la muerte de este último, Gómez de Mora. Frente a la austeridad de El Escorial, obra de vejez de un rey “ascético y melancólico”, como dijo Marañón, erige aquí el joven Felipe un palacio mucho más jovial y ligero, de airoso estilo flamenco con toques puramente españoles, rodeado de jardines con árboles traídos del extranjero y estanques con peces exóticos.

El hermoso palacio del bosque siguió siendo residencia ocasional de los reyes hasta que, al final del reinado de Carlos II, pocas horas después de que el último de los Habsburgo saliera de Valsaín para volver a Madrid tras una de sus estancias, se produjo un incendio que causó importantes aunque no irreparables daños. La muerte de Carlos II sin descendencia, la guerra civil que siguió, el advenimiento tras esta de una nueva dinastía y una Hacienda quebrantada obligaron a posponer cualquier proyecto de reforma. No sería hasta 1718 cuando se libren fondos para estas reparaciones, que Felipe V encargó a Teodoro Ardemans. Pero el rey, antes de que comiencen las obras, cambia de opinión: nostálgico del Versalles en el que creció y bajo la influencia de su esposa italiana Isabel de Farnesio, acostumbrada a los estudiados jardines del palacio ducal de Parma, Felipe V decidió abandonar Valsaín a su suerte y levantar, un poco más al norte y al otro lado del río (allí donde Enrique IV se enfrentó a una fiera y los jerónimos trabajaban una granja), un suntuoso palacio de nueva planta que nada tenía que ver con el palacio hispano-flamenco del Rey Prudente y menos aún con la modesta Casa del Bosque de los antiguos reyes castellanos.

El camino de las Pesquerías

Desde entonces el palacio de Valsaín no ha dejado de sufrir un proceso de deterioro que llega hasta nuestros días. Convertido hoy en una completa ruina, apenas con-

serva parte de una torre, algún muro y retazos del pórtico de entrada.

Si el palacio de Valsaín fue olvidado por los reyes, no ocurrió lo mismo con los bosques adyacentes o las riberas del río, que, como venía sucediendo desde tiempos ancestrales, pertenecían al común de la Ciudad y Tierra de Segovia. En 1761, Carlos III decide incorporar a la Corona tanto las tierras denominadas pinar y matas de Valsaín como el cercano bosque de Riofrío. Por las primeras pagó casi cuatro millones de reales de vellón y algo menos de medio millón por el segundo, aunque la Comunidad se reservaba algunas servidumbres como la de pastos o la de saca de leñas muertas. La compra por la Corona salvó en cierta forma al bosque, que se encontraba muy deteriorado a causa de las talas indiscriminadas de pino y roble y del pastoreo intensivo. (Ya en 1884 se crearía el Real Aserrío de Valsaín, que supondría un nuevo impulso para la recuperación y consolidación del bosque.)

Poco después de la compra, en 1767, Carlos III encarga la construcción de las Pesquerías Reales. La obra duraría dos años, y aunque no se saben muchos detalles de su ejecución, es fácil deducir sus características por lo que aún queda de ella, que es, por fortuna, bastante. Consistía en un dique de bloques de granito de unos dos metros de altura y una calzada, también de grandes losas de granito, de entre uno y dos metros de ancho, que, de forma casi ininterrumpida, recorría la orilla izquierda del río desde poco más abajo del puente de la Cantina hasta un poco antes del puente de Santa Cecilia, en la carretera de Segovia a La Granja, ya a la altura de esta localidad. Además se canalizó la desembocadura de algunos arroyos que vierten al Eresma, así como un tramo de un kilómetro del arroyo del Telégrafo, en el que también se construyó calzada, constituyendo en la actualidad uno de los tramos mejor conservados. La obra no consistió solo en la calzada y el muro de canalización, sino que se hicieron otras obras de acondicionamiento, especialmente de recreo, como puentes, vados y pasaderas de piedra o madera, represas para la pesca y el baño, cascadas, lugares de descanso con asientos naturales de piedra y peldaños también de piedra que descendían hasta las pozas (como en el llamado Baño de Venus, en el arroyo del Telégrafo, o en Boca del Asno), etc.

Así pues, aun cuando la intención de Carlos III fuera la de reservarse un apartado lugar donde distraer sus melancolías practicando la pesca, lo cierto es que las Pesquerías acabaron siendo, hasta hace algo menos de cien años, el lugar de esparcimiento favorito de los numerosos cortesanos que acudían al Real Sitio cuando allí se trasladaba la corte.

Unos años después de terminadas las Pesquerías, en 1778, se inicia una obra que daría aún más vida a las proximidades del río Valsaín. Nos referimos a la carre-

tera del puerto de Navacerrada, entonces aún llamado de Manzanares, que, proyectada por Juan de Villanueva (todavía en tiempos de Carlos III pero terminada en el reinado de Carlos IV), irá desde Collado Villalba hasta La Granja. Hasta entonces el paso de la sierra en esta zona se había venido haciendo por el puerto de la Fuenfría, con menor altitud que el de Navacerrada pero con una terrible pendiente de subida desde la vertiente sur. El paso por el de Navacerrada –que hasta la construcción de la carretera y de varias ventas a su vera era casi impracticable en invierno por la nieve y muy poco recomendable en cualquier época por los bandoleros que se apostaban a uno y otro lado de la cumbre– permitió un enlace más fácil y directo hasta La Granja, potenciando el valle de Valsaín y el trasiego de la corte entre Madrid y el Real Sitio.

Desde su compra por Carlos III, los montes de Valsaín siguieron perteneciendo al patrimonio de la Corona (salvo durante el Sexenio Democrático, de 1868 a 1874) hasta su incorporación al Estado en la Segunda República. En 1940 empieza a ser gestionado por Patrimonio Nacional, situación en que continuó hasta 1982 en que es transferido al ICONA y, tras la desaparición de este, al Organismo Autónomo Parques Nacionales. En la actualidad, aun sin pertenecer estrictamente al Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama, posee un régimen de protección máximo y constituye uno de los espacios más representativos del entorno del parque.

.\ Otro patrimonio histórico

Además de la obra carolina y de los valores naturales, el camino de las Pesquerías Reales ofrece otros atractivos a lo largo de su recorrido. Mención especial merecen los puentes, de los cuales el primero, siguiendo el mismo sentido del río, es el ya citado de la Cantina. Escenario principal de la novela *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway –que parece que se documentó de primera mano conviviendo con los soldados del Batallón Alpino del Guadarrama–, es un puente de un solo arco de medio punto construido hacia 1780 al tiempo que la carretera y, por tanto, probablemente proyectado por el mismo Villanueva. Anteriores, de la época de las Pesquerías aunque restaurados recientemente (de los originales quedan pilares y estribos) son los dos puentes de los Vadillos, que salvan el Eresma y los arroyos del Telégrafo y del Puerto del Paular, a un kilómetro aguas abajo del de la Cantina. Poco después nos encontramos con el puente de Boca del Asno, de tres ojos, que también debió de hacerse para las Pesquerías aunque ha sido reconstruido hace unos años.

Sigue después el puente de Navalacarreta, que perteneció a la primitiva carretera del puerto. Sorprende por sus proporciones, un tanto desmesuradas para el servi-

cio que puede prestar, así como por la irregularidad de sus tres ojos, uno de ellos cegado. Siguiendo el curso del río, cerca ya del pueblo de Valsaín, nos encontramos con uno de los más interesantes y el más antiguo: el puente de los Canales, formado por un perfecto arco de medio punto de nueve metros excelentemente labrado. En la clave, del lado de aguas abajo, está grabada un águila bicéfala, emblema de Carlos V, por lo que debe de ser de esa época. Sobre el puente se construyó un acueducto, de ahí su nombre, del que aún se conservan las pilas originales, si bien el canal de madera que puede verse ahora es moderno. Poco más abajo se encuentra el puente de Valsaín, a la entrada del pueblo. Originariamente del siglo XVI, como el anterior, se reformó en el XVIII, ensanchándolo y elevando la rasante.

Tras el puente de Valsaín, enseguida nos encontraremos con una interesante obra hidráulica de principios del siglo XX: la presa del Salto del Olvido. Construida en 1927 por Federico Cantero Villamil, sirve para abastecer de luz a Valsaín, La Pradera y La Granja, incluyendo el aserradero y la fábrica de cristales. La presa tiene una altura de 15 metros, realizada en mampostería en la parte externa y hormigón en la interna, que toma el agua transportada por un canal de un kilómetro y un partididor con dos salidas, una que va a la casa de máquinas, unos metros más abajo, y otra denominada “escala de peces” o “salmonera” que regula el cauce del río, en la actualidad por medio de unos sensores que garantizan el nivel mínimo o ecológico. En 1928 se creó en la presa un club náutico, construyéndose una playa y una piscina natural que estuvo en uso hasta los años 70.

Unos kilómetros más abajo nos encontramos con un azud mucho más pequeño que sirvió para alimentar la antigua central eléctrica de Santa Isabel, anterior a la del Salto del Olvido. Quedó en desuso al construirse esta, pero aún se conserva en buen estado el edificio. En este tramo, el camino de las Pesquerías, un poco difuminado desde Valsaín, vuelve a aparecer en todo su esplendor: grandes lajas de granito formando una regular calzada, muros de contención y, junto al último de los puentes de interés, el del Anzoler, un grabado en la piedra con el escudo real y la fecha de comienzo de la obra: 1767.

Poco más allá, donde el río se abre para formar el embalse del Pontón Alto, termina la obra de Carlos III, un rey que ha pasado a la historia como uno de los artífices de la España moderna y uno de los monarcas que más antepuso el interés general del pueblo al dinástico, algo que se hace patente, entre otros aspectos, en las obras públicas que acometió. También se ha dicho de él que tenía un carácter retraído y poco sociable, gustoso de la soledad y proclive a la melancolía. Tal vez esta modesta obra de las Pesquerías Reales pudiera interpretarse como la conjunción de estas dos caras, pública y privada, del monarca ilustrado. ■